

tener la misma suerte que ellos tuvieron, esto es, padecer continuamente tentaciones y aflicciones de espíritu. Todos aquellos que han sido verdaderamente amados de Dios han sufrido esta terrible lucha. Job pierde sus hijos, su hacienda, su honra y la salud de su cuerpo: a Tobias se le dice que, porque era agradable al Señor, se había hecho necesario que padeciese la ceguera, el destierro, el cautiverio, y en una palabra, que le probase la tentación. A este tenor todos los justos han padecido mas ó menos, segun la sabiduría de Dios lo ha ordenado; pero todos ellos para conocido provecho de su alma. San Pablo pidió al Señor que le libertase del estímulo de la carne, que llama ángel de Satanás, afligido el Apóstol con la tribulación que le causaba en su espíritu. Pero Dios, para consuelo suyo é instruccion de todos cuantos se ven atribulados con tentaciones, respondió al santo Apóstol, despues de haber oido tres veces sus súplicas: *Que se tranquilizase, y supiese que su gracia estaba pronta, y ella bastaba para vencer las tentaciones: que por lo demás, debia tener entendido que la virtud se perfecciona con la enfermedad, con la prueba y con la tentacion (2 ad Corint. cap. 12).* Estos ejemplos de unos santos tan amados de Dios deben convencerte de que las tentaciones son necesarias, y de que, como dice san Agustín (lib. 11 del Génes. cap. 6): *Dios permite que seamos tentados, porque de ese modo se prueba la virtud y se ejercita; y es mas gloriosa la palma que se consigue en no consentir en la tentacion, que en no haber podido ser tentados. Pero al mismo tiempo debes saber que Dios está siempre á tu lado, y que Jesucristo te adquirió con su pasion sacrosanta tal multitud de gracias, que toda la astucia de tus enemigos no bastará á dañarte en un solo cabello de la cabeza, con tal que tú sepas usar de ellas, y aprovecharte de su eficacia en tiempo oportuno.* Por eso, escribiendo san Pablo á los

Hebreos (cap. 2) les dice: *Que por cuanto Jesucristo padeció por nosotros, y permitió ser tentado, por tanto adquirió un poder para dar auxilio y gracia á todos los que son tentados, de manera que sean en sus necesidades socorridos.* Confiado en esta gracia poderosa, en estos méritos infinitos, se atrevió Santiago á decir (cap. 11): *Hermanos míos, vuestra alegría y vuestro gozo mayor, le habeis de reputar cuando fuéreis tentados con diferentes tentaciones.* Porque, como dice san Pedro (Epist. 1, cap. 2): *Sabe el Señor sacar á paz y á salvo de la tentacion á los que son verdaderamente piadosos y siervos suyos.* Esta doctrina te enseña que no desconties jamás de la victoria por terribles que sean las tentaciones en que te veas; pero al mismo tiempo no has de echar en olvido los medios de que se valió Jesucristo para vencerlas, ni de estar continuamente en vela, como dice san Pedro, para descubrirlas.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN EDMUNDO, ARZOBISPO DE CANTORBERY.

Nació san Edmundo en el lugar de Abington en Inglaterra, de padres muy virtuosos. Su padre Reynaldo se retiró á un monasterio con consentimiento de su mujer, llamada Mabilia, y vivió santamente en él. Su madre Mabilia se quedó en el mundo; pero tan desprendida de todo lo que era mundo, que todo su corazon estaba puesto en Dios. Estos fueron los padres de san Edmundo, medianamente dotados de los bienes de la tierra, pero abundantemente abastecidos de las riquezas del cielo. Crió santamente la virtuosa Mabilia á sus dos hijos Edmundo y Roberto.

Cuando los envió á estudiar á París, dió un cilicio á cada uno, encargándoles que le usasen dos ó tres veces á la semana, para que aquel instrumento de penitencia les sirviese como de una cota celestial contra los golpes del espíritu maligno que se vale de los engañosos atractivos de la carne para rendir á la razón, desviándola de la servidumbre del dulce yugo de la ley de Dios. Acreditó Edmundo la buena educación que le habia dejado como en herencia su piadosísima madre. Fué un modelo perfecto de virtud; habiendo hecho voto de castidad delante de una imágen de la santísima Virgen, confesó despues que aquella Madre de misericordia le habia socorrido en todas sus tentaciones, animado en sus trabajos, consolado en sus tribulaciones, y sostenido en sus dolores. Enfermó gravemente su madre, y creyendo ella no saldria de aquella enfermedad, le llamó de París para darle su bendición antes de morir. Recibióla con profundo respeto, y rogó á su madre se la echase tambien á su hermano y sus hermanas. *No es menester, hijo mio*, le respondió la virtuosa matrona: *en tu persona se la echo á todos, porque todos participarán por tí las bendiciones del cielo*. Encargóle despues, como al mayor de la familia, que cuidase de colocar á su hermano Roberto, y de dar estado á sus hermanas. En esto último se halló muy embarazado, porque, siendo ambas dotadas de extraordinaria hermosura, temia que peligrase su salvacion si se quedaban en el siglo. Propúsoles si querian ser religiosas; y habiendo aceptado las dos este partido, el mismo santo hermano las llevó al convento. Libre ya de aquel molesto cuidado, se retiró á París para acabar sus estudios, los que continuó con la mayor aplicación; pero, aunque era grande el deseo de ser sabio, era mucho mayor su ansia de hacerse santo. Estudiaba como si nunca hubiese de morir, y vivia como si hubiese de morir en el mismo instante. El estudio

le hacia tediosos y despreciables los gustos de los sentidos; y la virtud ilustraba su entendimiento en aquellas purísimas luces que le facilitaban la penetración de las mas sublimes verdades: el estudio desviaba los estorbos que se oponian á la virtud, y la virtud santificaba al estudio; con cuya dichosa armonía logró Edmundo hacerse tan sabio, que era la admiración de sus maestros, y ser al mismo tiempo tan virtuoso, que todos le veneraban como á un prodigio de santidad. Al paso que iba adelantando en años, iba añadiendo penitencias. No usaba ya de cilicios comunes, sino de uno tan áspero, que parecia, por decirlo así, haberle tejido la misma penitencia por su propia mano. Luego que recibió los primeros grados en la facultad de París, enseñó en ella las letras humanas con mucha reputación; pero á tiempo que estaba dictando á sus discípulos algunas lecciones de geometría, se le apareció en sueños su madre, y le preguntó qué significaban todas aquellas figuras que le llevaban tanta atención; y respondióle el santo mancebo lo que por entonces le ocurrió. Le tomó la madre la mano, señaló en ellas tres círculos iguales, nombrándolos uno despues de otro el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y le añadió: *Deja, hijo mio, todas esas figuras en que ahora te ocupas, y en adelante piensa solo en estas*. Comprendió fácilmente el santo lo que le queria decir, y desde entonces se dedicó al estudio de la teología. Cuando estudiaba, tenia á la vista una imágen de la santísima Virgen, en cuya orla se representaban los misterios de nuestra redención; y en lo mas vivo del estudio fijaba los ojos en aquella Madre de la luz con tanto fervor, que algunas veces entraba su espíritu en las dulzuras de la contemplación, quedándose suspenso y como extático. Siempre que tomaba la biblia para leerla, la besaba con respeto. Sabiendo Gautier, arzobispo de York, que

Edmundo tenia falta de libros, le hizo copiar algunos, pero él se excusó de admitirlos por no dar ese trabajo á los monasterios; y antes bien algunas veces vendió los que tenia para socorrer á los pobres, siendo cierto que los libros le hacian menos falta al paso que eran mayores las luces con que le ilustraba el cielo. Hizo tan grandes progresos en las sagradas letras, que contra su voluntad le honraron con la borla de doctor. Disputaba con tanta sutileza, predicaba con tanta sabiduria, y enseñaba la sagrada teología con tanta devocion, que solo derramaba en sus discipulos y oyentes aquellas aguas puras que recogia en las fuentes del Salvador; de manera que á la profundidad de la doctrina añadia la eficacia de las sentencias, moviendo los corazones al mismo tiempo que llenaba de luz los entendimientos. Así, pues, se veian tal vez hombres de una profunda erudicion, que se movian á lágrimas solo con oírle, y deseosos de imitar sus ejemplos, se retiraban á los claustros para vivir mas santamente. Durmiendo una noche, se le presentó en sueños la pieza donde enseñaba toda bañada de luz, y como que salian de ella siete hachas encendidas; y la mañana siguiente siete discipulos suyos se fueron con un abad del Cister á tomar el hábito en su monasterio. En otra ocasion, estando para leer sobre el misterio de la santísima Trinidad, se quedó dormido en la misma cátedra, esperando la hora para dar principio á la leccion; y entre tanto, le pareció que bajaba del cielo una paloma y le metia una hostia en la boca. Habló despues del altísimo misterio con tanta profundidad, que todos conocieron la divina impresion que le dictaba las palabras. Siempre que predicaba, salian estas de un corazon todo inflamado, y así eran palabras de fuego que convertian las almas. Predicó la Cruzada de orden del papa, con el privilegio de poder tomar de las iglesias

todo lo que necesitase; pero no usó de esta facultad, y anunció gratuitamente el Evangelio, premiando Dios este apostólico desinterés con el don de milagros que le concedió. Predicaba un dia fuera de la iglesia de Wigorna, y de repente se cubrió el cielo de una nube tan negra y tan espesa, que el auditorio se comenzó á remover para retirarse por miedo de la tempestad. Mantúvose quieto nuestro santo: volvióse hácia la nube, hizo la señal de la cruz, y dijo en alta voz: *Yo te mando, espíritu maligno, que te retires de este lugar, y que no vengas á inquietar á este pueblo.* Al punto rebentó la nube, y anegando el agua todo el contorno, no cayó una gota en el espacio que ocupaba el auditorio, manteniéndose sereno el aire que correspondia á él, cuando estaba turbado todo el que le rodeaba. Por este tiempo estaba sin pastor el arzobispado de Cantorbery, y se consultó al papa sobre el sugeto á quien se conferiria el cuidado de aquella iglesia. Éralo Gregorio IX, quien envió á Inglaterra sugetos de toda confianza para que se informasen del hombre mas benemérito para aquella elevada dignidad; y uniéndose todos los votos en favor de san Edmundo, quedó electo canónicamente por arzobispo, confirmando el pontífice la eleccion. Pero el santo, considerándose indigno de tan alto ministerio, se ocultó, y cuando fué descubierto, se resistió á la aceptacion; mas al fin, habiéndosele representado que se interesaba en esto el mayor servicio de Dios, y que sin ofensa de su majestad no podia persistir mas en aquella resistencia, se rindió y se desposó con aquella iglesia, que ya habia mucho tiempo se lloraba viuda. Habiéndose consagrado, se dedicó á cuidar de su rebaño con todo el zelo y con toda la vigilancia que correspondia á un buen pastor. Era, por decirlo así, el proveedor de los pobres, el padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el refugio de los per-

seguidos y el consuelo de los enfermos. Aunque era enemigo capital de todo vicio, tenia una cordial compasion de los pecadores, procurando insinuarse dulcemente en sus corazones con el fin de atraerlos y de ganarlos para Jesucristo. De esta manera vivia nuestro santo mientras gozó pacíficamente de su silla; pero como era tan agradable á los ojos del Señor, no podía menos de ser probado y purificado con el fuego de la tribulacion. Estaba dotado de un teson y vigor episcopal, que no sabia ceder cuando se trataba de los derechos de su iglesia, y de defender la inmuni- dad eclesiástica. Por este vigoroso teson incurrió en la indignacion del rey, de los cortesanos, de los obis- pos políticos y contemplativos, y aun en la de su mismo cabildo. Fué ultrajado y perseguido; pero era invincible su paciencia. Amaba á los que le per- seguian, consolaba y alentaba á sus familiares, como tambien á los que seguian la justicia y la razon de su partido, esforzandc á todos con aquellas palabras tan dignas de un discipulo de Cristo, y tan propias de un obispo: *Las injurias (decia) que me hacen son medicinas amargas al paladar; pero en el fondo saludables, porque contribuyen á la salud de mi alma.* Sin embar- go, despues de haber hecho vivas y respetuosas re- presentaciones al rey, viendo que su presencia irri- taba mas los ánimos, y que ya no se le dejaba liber- tad para ejercer sus funciones episcopales, él mismo se desterró voluntariamente, y pasó á Francia, anti- guo refugio de prelados perseguidos. Antes de partir, obró muchos milagros; y estando ya para embarcarse, se le apareció santo Tomás Cantuariense, aquel ad- mirable arzobispo en quien resplandeció tanto el vi- gor episcopal, y le exhortó á que tuviese buen áni- mo, asegurándole que muy en breve recibiria el premio de sus trabajos. Dejó, pues, á Inglaterra, y se retiró al monasterio de Pontigni, de la órden del Cis-

ter, donde le recibieron los monjes con todo el res- peto que se debia á su carácter y á la eminencia de su virtud. Poco despues cayó gravemente enfermo, y juzgándose que debia mudar de aires, fué trasladado al monasterio de Soyssi; mas no por eso dejó de agrava- rse la enfermedad. Conociendo que de dia en dia le iban faltando las fuerzas, pidió el santo viático; y luego que vió en su cuarto el divino objeto de su amor y de su fe, extendiendo devotamente los bra- zos, exclamó lleno de amorosa confianza: *Vos, Se- ñor, sois aquel en quien siempre he creído, á quien siem- pre he predicado; el mismo que he anunciado á mi pueblo, segun la verdad de vuestro Evangelio: vos sois testigo de que á solo vos he buscado en este mundo, y que todo mi deseo ha sido cumplir en todo vuestra santa voluntad: esto mismo deseo ahora sobre todas las co- sas; haced de mí lo que fuéreis servido.* Quedaron sus- pensos y admirados los circunstantes al oírle hablar de aquella manera. El modo de mirar, los movimien- tos, el gesto, el tono de la voz, todo daba á entender que veia realmente á Jesucristo. Recibió el sacra- mento del amor, y por todo aquel dia se conservó tan alegre y tan gozoso, que parecia haber desaparecido enteramente la enfermedad. Administrósele, en fin, la santa uncion, y abrazándose entonces estrecha- mente con un crucifijo, le regaba con sus lágrimas, besando las llagas con devotísima ternura; pero apli- cando sus labios, especialmente á la del sagrado cos- tado, como si quisiera echarse á pechos toda aquella preciosísima sangre, decia enternecido: *Aquí, aquí se han de beber aquellas aguas saludables en las fuen- tes del Salvador.* Cuanto mas se debilitaba su cuerpo, tanto mas se fortalecia su alma con el vigor de la gra- cia; pero al fin, lleno de merecimientos, y purificado con el fuego de la tribulacion, terminó una santa vida con una muerte preciosa á los ojos del Señor el dia

16 de noviembre del año 1242; manifestando luego Dios la santidad de su siervo con un gran número de milagros. Su santo cuerpo se restituyó á Pontigny, donde se le dió sepultura con grande solemnidad; y desde luego se comenzó á trabajar en su canonización, la que se terminó cuatro años despues de su muerte por el papa Inocencio V.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Africa, los santos mártires Rufino, Marcos, Valerio y compañeros.

El mismo día, los santos Elpidio, Marcelo, Eustaquio y muchos otros mártires. Elpidio, que era del órden senatorio, habiendo constantemente confesado la fe cristiana en presencia de Juliano Apóstata, fué atado con sus compañeros á las colas de caballos cerriles, estirado con violencia, desgarrado, y en fin echado al fuego, donde consumió su martirio.

En Leon de Francia, la fiesta de san Eucnero, obispo y confesor, varon de maravillosa fe y sabiduría, el cual, habiendo renunciado la dignidad de senador por abrazar la vida religiosa, residió largo tiempo escondido en una profunda caverna, donde servía á Jesucristo con ayunos y oraciones. Habiendo un ángel hecho conocer el lugar que habitaba, fué sacado de allí para ser solemnemente sentado en la silla episcopal de la iglesia de Leon.

En Padua, san Fenso, obispo.

En Cantorbery en Inglaterra, san Edmundo, quien, habiendo sido desterrado por haber defendido los derechos de su iglesia, murió santamente en Provens, ciudad de la diócesis de Meaux, y fué canonizado por el papa Inocencio IV.

El mismo día, el tránsito de san Otmar, abad.

En Frejus, san Leoncio, obispo.

En Bretaña, san Gobrieno, obispo de Vannes.

En la diócesis de Burdeos, san Emilion, abad.

En Egipto, el tránsito de san Anieno.

En Antioquia, los santos mártires Arúspico, Marcos y otros muchos de ambos sexos.

En Capua, san Agustin, mártir, con algunos otros.

En Seleucia, san Quintiliano, obispo.

En Herford en Wesfalia, el bienaventurado Valgerio, confesor.

Este mismo día, los santos mártires Benito y Juan, camaldulenses.

En Alemania, santa Otila, religiosa.

En Edimburgo, el tránsito de santa Margarita, reina de Escocia.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Edmundi, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad del bienaventurado Edmundo, tu confesor y pontífice, nos aumentes el fervor y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 5 de la de san Pablo á los Efesinos.

Videte, fratres, quomodo cautè ambuletis: non quasi insipientes, sed ut sapientes: redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes: sed ut intelligentes quæ sit voluntas Dei.

Hermanos: cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, recordando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entendid cuál sea la voluntad de Dios.

NOTA.

« En esta epístola á los Efesinos compendia san Pablo en pocas palabras toda la doctrina del Evangelio. Pero en este capítulo los exhorta sobre todo á redimir el tiempo, empleándole en santos ejercicios, y no malográndole en vanas diversiones, llorando especialmente que se desperdicie en juegos un tiempo tan precioso. »

REFLEXIONES.

Redimiendo el tiempo. El tiempo se redime empleándole bien. Terrible cuenta han de dar á Dios los que le malogran en tan vanas diversiones; pero sobre todo en el juego. Este es el que entre todas las diversiones ha hecho mas progresos, y, si es licito explicarme así, el que ha hecho en el mundo mas fortuna; porque arrebatada con mayor imperio, deja menos lugar á la razon para tristes reflexiones, y menos libertad al corazón para sentir sus cuidados. Es verdad que ya el juego no es verdaderamente diversion; es una estúpida aplicacion que deseca; un trabajo ingrato y estéril que consume los espíritus; una pasión á que se sacrifican los bienes, la quietud y la conciencia. Gritase mucho contra la intensa aplicacion que requieren los ejercicios espirituales; pero mucha mayor intension pide una partida de juego: ella consume en una sola noche mas espíritus que muchos dias de oracion y de retiro. Buen Dios, ¡con qué atencion se está para seguir una idea, para cautivar la suerte, para aprovecharse de un descuido, para prevenir la habilidad ó el artificio del contrario, para descubrir en fin sus pensamientos, para eludirlos y para suplantarle! Representémonos una mesa de jugadores; no hay cosa mas grave, mas taciturna, ni donde se note mayor

estudio, mas cuidadosa, mas fija aplicacion de todas las potencias. Negados enteramente á toda otra conversacion que no sea la del interés y la del juego, continuamente están maquinando en aquellas cabezas algun incidente, algun lance favorable; tan abstraídos siempre, que, llegando á parecer enajenados, se olvidan hasta de las mas comunes atenciones que enseña la urbanidad y la buena crianza. Pero todo se les perdona: posturas indecentes, palabras ofensivas, acciones descompuestas, rebatos, cóleras, furores, como aquellos enfermos dementes que dan en un frenesí, ó por la demasiada disipacion de los espíritus, ó por la agitacion excesiva de la sangre. No se acaba con el juego el mal humor, dura mucho mas allá. Un empeño indiscreto y obstinado, por no decir una especie de furor de perpetuar la ganancia ó de resarcir la pérdida, renueva incesantemente las partidas, y hace mas violenta la pasión. A esto se reduce aquella noble diversion que es hoy el alma de todas las tertulias, el hechizo de toda la gente ociosa, la ciencia de todas las edades, el nudo de todos los pasatiempos; y esto es lo que llama el mundo el desahogo del ánimo, inocente recreacion, diversion honrada de los hombres de bien, ocupacion ordinaria, y pasión dominante de innumerables personas que están perfectamente instruidas de las obligaciones de un cristiano, y no ignoran de cuánta consecuencia sea emplear bien ó mal el tiempo, y la terrible cuenta que han de dar de este empleo malo ó bueno.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, pág. 101.

MEDITACION.

EL PELIGRO A QUE SE EXPONEN LOS QUE PASAN UNA VIDA INUTIL.

PUNTO PRIMERO.

Considera el peligro á que nos exponemos haciendo una vida inútil, y cuánto es de temer que atraigamos sobre nosotros los castigos de un Dios justamente irritado con aquella terrible sentencia que se fulminó contra el árbol que no daba fruto.

Muchos años ha que no cesa Dios de estarnos cultivando: inspiraciones, gracias, auxilios, lances imprevistos, lectura de libros, todo se dirige á convertirnos. Mucho tiempo ha que el Señor anda buscando frutos, y solo encuentra hojas, ó á lo menos, unos frutos como las manzanas de Gomorra: bella apariencia; pero lo interior podredumbre y amargura. Pues ¿cuál será nuestra suerte? ¿Qué debemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; pues un cristiano vacío de buenas obras, sin devoción, que solo tiene de cristiano el nombre y la apariencia, ¿logrará el cielo por razon de su legitima?

Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci? ¿Qué mas debí hacer por mi viña que no lo haya hecho? dice el Señor por su Profeta. Trae á la memoria todos los auxilios que te he dado, todas las gracias que te he concedido: despues de tanto cultivo, ¿no tenia yo mucha razon para esperar que esta viña diese buenos frutos? con todo eso, ella no ha traído hasta ahora sino agraces silvestres, verdes y amargos.

Nunc ergo, habitatores Jerusalem et viri Juda, iudicate inter me et vineam meam. Pues ahora vosotros mismos, hombres ingratos, habeis de ser los jueces:

vosotros habeis de sentenciar si tengo razon para que jarme de vosotros. Yo hice por vuestro bien mas de lo que vosotros mismos podiais esperar, mucho mas de lo que en cierta manera pudiérais creer, y seguramente mucho mas de lo que érais capaces de imaginar, ni os hubiérais atrevido á desear. Vosotros mismos convenís en estos beneficios que habeis recibido de mi mano; pero ¿acaso por eso me habeis servido con mas fidelidad? ¿por ventura me habeis amado por eso?

A vista de esta reconvencion, ¿no tenemos motivo para temer el justo castigo con que amenaza á la viña? *Auferam sepem ejus: et erit in direptionem.* Arrancaré el vallado con que la cerqué, y la dejaré á merced de los pasajeros, pisaránla, destruiránla, y quedará convertida en un camino público. No la cultivaré mas: cubriráse de zarzas y de malezas; y para colmo de su desdicha ya no lloyerá sobre una tierra tan ingrata, sobre una viña que no da fruto. Fácilmente se entiende lo que significan estas expresiones. Hiciéronse en la Pascua los mas bellos propósitos; conociéronse los peligros de las concurrencias mundanas, de los pasatiempos, de las mesas de juego, de las conversaciones, de los malos hábitos; fué fruto del dolor un nuevo plan de vida; concluyóse que era necesaria la reforma, y se dió principio á ella. Pero pocos dias despues de Pascua se dió con todo al través. Pues ahora, aquel Dios tan justamente irritado, ¿nos continuará sus extraordinarios auxilios; derramará siempre sus gracias sobre nosotros con profusion? ¿te dejará ese vallado que tú mismo procuras arrancar? ¿te colmará siempre de nuevos favores y de nuevos beneficios?